

Cruz del Seybo; fueron sus padrinos Don Luis Méndez, Regidor deste Ilustre Ayuntamiento, i Doña Visenta Cuevas su lexitima muger; a quienes advertí el parentesco espiritual, y demás obligaciones; testigos Pablo Apolinario, y Joaquín de Osuna, fecha ut supra = Licenciado José Ruiz =

Es copia conforme con la que obra en el libro, y folio citados a que me remito. I a pedimento de los padres del niño doi la presente en la Ciudad de Santo Domingo a siete de Enero de mil, ochocientos, veinte años.

(2) José Ruiz.

(Hai rúbrica)

Los Escribanos del Rey Nuestro Señor que aqui signamos, y firmamos, certificamos damos fe, y verdadero testimonio, que el Presbitero Doctor Don José Ruiz, por quién el mote baptismal, que antecede, y a cuyo reparo rubricamos, es Cura Rector de la Parroquial Iglesia de Santa Bárbara, segun se titu-

la, se halla en actual uso y exercicio de su ministerio, que desempeña con aprobación, y a sus Semejantes se les ha dado y da entera fe y crédito en ambbs juicios. Santo Domingo ocho de Enero de mil, ochocientos, veinte años.

Tomas Bobadilla

Martin de Meneses (3)

Juan Martínez de León

(Hai rúbricas)

- (1) Sic. Debe ser Bejer.
- (2) Hai un título que no ha podido leerse. Parece ser Dr.
- (3) El apellido parece se lee Meneses.

(Las notas son puestas por Don Crispín Ayala Duarte. El nombre que corresponde a la primera es Vejer; el título que no ha podido leerse (nota 2) debe ser Dr. que es el que usaba el Pbro. Ruiz el año 1820, i el apellido indicado en la tercera es Mueses.)

## La Política Exterior de Haití durante la Presidencia de Soulouque

Por Abel N. Leger.

Traducido y anotado por E. H. G.

La sucesión dejada por la muerte de Riché era bastante difícil de recojer. Después de la caída de Jean-Pierre Boyer, la nación habia atravesado un período agitadísimo. Una serie ininterrumpida de hechos de armas, de revoluciones, de trastornos nos habia costado, en definitiva, la pérdida de las provincias del Este.

Establecer en el interior cierto reposo, asegurar el orden en la calle y la paz en los espiritus; establecer en el exterior un plan de reconquista al abrigo de toda nueva traición y atenuar la hostilidad de las Potencias Extranjeras, he ahí un programa que las circunstancias imponían y que daba a la elección presidencial una importancia indiscutible. La crisis, sin embargo, no fué resuelta, según las exigencias del momento. La política de dobleces tan nefasta en sus consecuencias durante el período de las presidencias efímeras, y que consistía en elevar al poder ignorantes para someterlos luego a la voluntad de un Directorio inteligente, triunfó una vez más. De nuevo hombres instruidos, en lugar de hacerse concesiones recíprocas, iban a librar los destinos del país a un iletrado! Así, Faustin Soulouque, oscuro Jefe de la Guardia, que sabía a penas firmar su nombre, que no tenía ninguna ambición, más bien conocido como "le bonhomme Coachi", vió, estupefacto desde luego, salir su nombre de la urna, apesar de que dos hombres capaces para la época se disputaban con

calor los sufragios del Senado.

El escaló no obstante, el primero de Marzo de 1847, la Presidencia de la República; pero con asombro de aquellos que lo habían empujado, no entendía dejarse gobernar por las influencias de camarillas. El repetía frecuentemente "que él no era una camisa que se cambia a voluntad (1). Se habia creído poder hacer de él un muñeco; y él se reveló un dueño. I su transformación fué tal que uno de nuestros historiadores no ha temido compararlo con el Papa Sixto Quinto! (2)

El problema financiero, en su aspecto exterior, atrajo desde luego la atención de la nueva administración. Los liberales de 1843 no habían precisamente levantado el crédito del país afuera. La ejecución del tratado financiero de 1838 habia sido suspendida, y lo que se debía de la indemnización a pagar a Francia se cifraba en 8.100.000 francos. Por otra parte los dueños de títulos del empréstito 1825 no habían recibido ninguna satisfacción: se les debía todavía los intereses de los dos semestres de 1843!

Esta doble negociación fué clasificada. La cuestión de indemnización fué arreglada, directamente en Puerto Principe y sin pérdida de tiempo, por la estipulación de un

- (1) Pr J. C. Dorsainvil; Manual de Haití, 1926 p. 263.
- (2) A. Firmin: El Presidente Roosevelt y Haiti.





nuevo modo de pago. Según la convención del 12 de Mayo de 1847, firmada de parte de Francia por el Cónsul Levasseur y de parte de Haití por los parlamentarios André Jean-Simon y Francois Acloque, nosotros nos obligábamos a restablecer el servicio regular en 1849 y a cubrir lo debido de la indemnización entre 1868 y 1872. Como garantía el Gobierno convenía en endosar a la orden del Ministro de Finanzas de Francia todos los giros suministrados al Tesoro público en pago de los derechos de importación y de toneladas de buque; pero hasta la concurrencia, solamente, de la mitad de esos derechos. El excedente nos pertenecía, si la mitad de dichos derechos excedía la anualidad en curso; en el caso contrario, se calcularía la diferencia sobre la anualidad siguiente. A falta de ejecución del nuevo acuerdo, las partes quedarían de pleno derecho colocadas en los términos y condiciones del tratado de 1838. Beaubrun Ardouin y D. Delvâ recibieron la misión de ir a París a hacer el cambio de las ratificaciones de la Convención del 12 de Mayo. Esa formalidad tuvo lugar el 9 de Octubre de 1847 y el 19 del mismo mes nuestros agentes fueron recibidos por el Rey en las Tullerías. Seguido, una nota del Diario Oficial declaró que la misión Ardouin-Delvâ terminaba con la ceremonia del cambio de las adhesiones. Técnicamente, era verdad. Más la observación era insidiosa en el sentido de que el Ministerio francés no ignoraba que B. Ardouin había sido acreditado, igualmente, como Ministro-Residente, y encargado de conquistar el derecho de embajada que nos había sido negado desde la ordenanza de Carlos X.

El diplomático haitiano requirió de Guizot, quien servía la cartera de las Relaciones Exteriores, una rectificación oficial y comenzó en seguida activas diligencias, no solamente para hacer reconocer su calidad, sino también para obtener el establecimiento de Consulados haitianos en el Havre, en Marsella, en Burdeos y en Nantes. Negoció igualmente, con éxito, con el Señor Rumph, Ministro de las Ciudades Anseáticas, la creación de puestos semejantes en las ciudades libres de Alemania, y con Lord Hervey, Ministro de S. M. Británica, agencias consulares en los puertos del Reino Unido.

El Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, ante tanta diligencia y en presencia del problema de los portadores de títulos que esperaban el arreglo de esa cuestión, tomó el sabio partido de poner fin a ese asunto y dirigió a nuestro Agente una invitación para ser presentado el día de año nuevo de 1848, al Jefe de la Monarquía Orleanista, con los otros miembros del Cuerpo diplomático. El país había al fin obtenido el derecho de legación, uno de los atributos de su soberanía. Ardouin no ocultó un legítimo

orgullo en su despacho del 21 de Diciembre de 1847 a Alexis Dupuy, su Jefe jerárquico. . . . "La República de Haití es tratada con las mismas distinciones que los otros Estados soberanos; ella ha logrado el objeto por el cual ha hecho tantos esfuerzos heroicos; ella puede ahora orientar todas sus energías hacia el fortalecimiento de sus instituciones." (3)

La nueva Legación se ocupó seguido de rehacer los acuerdos financieros, concluyendo, con un comité de la Asamblea de los portadores, la convención del 12 de Mayo de 1848 —sancionada el 28 de Diciembre del mismo año,— fijando la suerte de los títulos del empréstito 1825. La República aseguraba la continuación en 1849 de los intereses del empréstito y afectaba, especialmente, a ese servicio el excedente de la mitad de los derechos de importación y de tonelaje, después de la porción ya autorizada en Puerto Príncipe para la liquidación de la indemnización. Ella prometía desde luego en el curso mismo del año 1848 saldar los intereses debidos de los dos semestres de 1843 y estipulaba, además, que si la liquidación de una o de varias anualidades de la indemnización absorbía la totalidad de la mitad de los derechos, los intereses serían satisfechos en los primeros años que produjeran excedentes. Sin embargo, se convino en que si, durante cinco años, el excedente de los derechos no cubría un promedio de las 4/5 partes de los intereses del empréstito, se harían otros arreglos, de lo contrario se volvería pura y simplemente a las condiciones de la transacción realizada por Boyer en 1839.

Este acuerdo no era malo para los tenedores de títulos: les aseguraba un promedio anual de 840.000 gourdes.

Nuestra situación exterior comenzaba a consolidarse. Desgraciadamente los desórdenes interiores que se desarrollaron en ese intervalo iban a provocar una desagradable repercusión en el exterior. El "buen hombre", no bromeó, desde que vió el primer síntoma de descontento. Con una firmeza singular, consolidó su poder en un horroroso mar de sangre. Los problemas no resueltos por los liberales de 1843, las cortapisas del Código rural para los campesinos del Sur, los inútiles reclamos de estos últimos de escuelas y de la posesión del suelo, la continuación del sistema militar a despecho de las hermosas promesas de la Revolución de Praslin, eran motivos que mantenían una sorda agitación en el país. Cuando se comprendió que Soulouque no era el hombre reformista, que ningún aliento liberal inspiraría su administración, se recurrió a la violencia: de ahí la tentativa de pronunciamiento del 16 de Abril de 1848, en Puerto Príncipe, seguido de desór-

(3) Archivos de la Legación de Haití en París.



denes en el Departamento del Sur!

Una represión implacable y apasionada alcanzó en la Capital y en provincia a todos los hombres de color que ridiculizaban la ignorancia del Jefe del Estado. Fué una serie de matanzas y de asesinatos que no terminaron sino por falta de víctimas. Suerte de Saint-Bartelemy política que ensangrentaba la Nación y la aterrorizaba; pero que fortificó, al mismo tiempo, la posición de los insurrectos del Este y nos enajenó completamente las simpatías europeas.

Los Dominicanos, los primeros en luchar por la protección del elemento exótico, durante la administración de Rivière Hérard, —vieron instalarse, con desconfianza, a su lado tal Gobierno. Ellos hicieron valer en París, con habilidad, el daño que era para su nacionalidad esa guerra de castas y tales principios de administración. Mostraron que su salud dependía de su independencia y de su separación de la República de Haití. Presentaron su causa como una causa de Humanidad é imploraron (a) de Francia su reconocimiento como Estado.

No era esa la primera vez que los insurrectos del Este buscaban la adhesión francesa a la consagración diplomática de un estado de hecho existente desde 1844. Ya, bajo el Gobierno de Luis Felipe, en diciembre de 1846, —habían solicitado este reconocimiento y aún ofrecido para obtenerlo la mitad de la isla (4). (b) Pero la Monarquía de Julio —signataria de los tratados de 1838 que estipulaban para toda la isla— no podía sin cinismo romperlos sin nuestra participación. Ella respondió muy apropiadamente, —lo que enterró la cuestión de la independencia dominicana, — que su acción a ese respecto estaba subordinada a la del Gabinete de Puerto Príncipe. Al año siguiente, los Dominicanos se dirigieron a la Corte de Madrid. Ellos esperaban que el General Narvaez, Ministro dirigente de España, un amigo favorable a su causa, les habría hecho otorgar el reconocimiento. Ardouin se alarmó hasta el punto de que desde París él dejaba entrever la posibilidad de éxito de las bel (5).

Los acontecimientos de Francia eran propicios para recomenzar mientras tanto una actividad mas intensa en las negociaciones dominicanas. La insurrección del 22 de diligencias emprendidas cerca de la Reina Isa febrero de 1848, en el "Boulevard des Capucines", había derrocado al día siguiente el reinado. Luis Felipe, casi como Jean Pierre Boyer, se había obstinado en negar en el in-

terior toda reforma, y afuera, se le reprochaba el no tener en cuenta las esperanzas y los deseos de los pueblos libres!

La República francesa tuvo que enunciar un programa de política pacífica, basada sobre la independencia de las otras naciones en la paz y la libertad. Lamartine, en la cartera de Relaciones Exteriores del Gobierno provisional, en su circular al Cuerpo Diplomático del 27 de Febrero de 1848, recordó con énfasis que "el principio de paz y el principio de libertad habían nacido el mismo día en Francia" y que la intervención extranjera no se opondría en el porvenir a las tentativas de emancipación de los pueblos.

Ardouin trató bien de conciliarse las simpatías del nuevo régimen. "Hija mayor de la primera Revolución francesa, escribía a su vez al autor de Jocelyn, Haití no puede sino regocijarse de ver a Francia volver a la forma de Gobierno que ella ha adoptado ya y no podría ser indiferente a la regeneración de un pueblo, del cual tiene su lengua, su religión, sus costumbres, su legislación y hasta este amor de la libertad que ella ha mamado, por decirlo así, del seno de la Francia." (6)

Haití no era la única en regocijarse. Los principios nuevos de rejeneración, eran para quien los aplicara. Garnier-Pages no exclamó en vano: "el resplandor de nuestras luchas iluminó el mundo entero!"

Después del 16 de abril haitiano, la ocasión era excelente para los Dominicanos de renovar la conversación interrumpida con la Cancillería francesa y de ofrecer seguido al Gobierno provisional su país como campo de experimentación de las doctrinas del día. Ellos habían visto, también, sobre las orillas del Ozama, el resplandor de 1848! Volvieron firmemente al ataque, pidiendo que no se dejara a Haití ahogar sus gritos de libertad, insistiendo sobre un reconocimiento diplomático.

La apelación de sus delegados, —B. Baez, J. E. Aybar y P. A. Bobea— fué oída. La Francia republicana aprovechaba la ocasión de afirmar públicamente sus teorías, asegurando a la vez un brillante desquite sobre los tratados de 1838 por una política de obstáculos al Gabinete Haitiano, en cuanto se trataba de los asuntos de la antigua audiencia española. El 22 de octubre de 1848, por un tratado de amistad, comercio y navegación "destinado al mismo tiempo a consagrar el reconocimiento formal por parte de Francia", la República Dominicana era admitida en el rango de Nación libre independiente y soberana. (7) (c)

(4) Justin Bouzon, Estudios Históricos sobre la Presidencia de Faustin Soulouque, París, 1894 p. 120.

(5) Carta del 27 de octubre de 1847. (archivos de la Legación de París).

(6) Carta del 23 de febrero de 1848. (archivos de la Legación de París).

(7) Véase ese tratado en el Moniteu Haitien del 17 de marzo 1849. No. 17.



Sin retardo, la diplomacia haitiana se puso en movimiento. No pudo prevenir la conclusión del pacto, pero se esforzará en contrariar la sanción. Por tres veces (8) Arduin llamó la atención, primero a Bastide, después a Drouyn de Lhuys, sobre las razones por las cuales Francia no debía consagrar la separación dominicana; en un caloroso discurso, él les pidió no dejar ratificar el tratado del 22 de Octubre. Hizo valer que el instrumento de 1838 y la convención del 29 de Agosto de 1840, que ostentaban la firma francesa, habían, virtualmente, reconocido que la isla entera de Haití constituía nuestro territorio. Puso en vivo relieve nuestras simpatías por la antigua metrópoli, los intereses económicos respetables que ligaban los dos Estados, la pobreza de los recursos del Este y la insignificancia de su comercio exterior posible. Después, al lenguaje de persuasión, el diplomático haitiano sustituyó la intimidación. Recordó que en nuestros compromisos con la Francia de Luis Felipe, Haití contaba con los recursos del Este para pagar sus deudas y amenazó, en consecuencia, con no ejecutar las recientes convenciones financieras de 15 de mayo de 1847 y 12 de febrero de 1848 que aseguraban el pago de los intereses de la indemnización y del empréstito. Llegó hasta advertir que, por la fuerza, Haití restablecería, si era necesario, su autoridad en la parte oriental de la isla.

Ningún argumento tuvo la virtud de quebrantar la decisión del Gobierno provisional. Poco le importaba que el Este tuviera simplemente una población de cerca de 80.000 almas, mientras que el Oeste contaba diez veces más habitantes; que los Dominicanos se dedicasen principalmente a la crianza de ganado, no ofreciendo al comercio de exportación sino la caoba y el tabaco con mercado, sobre todo, en los Estados Unidos, en la Gran Bretaña y en las Ciudades Anseáticas, mientras que los Haitianos, al contrario, mantenían desde 1815 con Francia relaciones comerciales, manifestando su gusto por los productos franceses, enviándoles no solamente caoba y maderas de tinte, sino algodón, cacao y la cuarta parte de su cosecha de café. Poco le importaba que en el movimiento comercial francés con la Isla, la parte occidental contaba lo menos por las 3/4 (9), que nosotros hubiéramos arreglado nuestra tarifa aduanera para introducir una reducción de derechos a la importación sobre la mayor parte de los productos franceses y asegurar a Francia la cláusula de la nación mas favorecida.

Nuestras afinidades de lengua, de religión, de costumbres y de cultura estaban

(8) Cartas del 22 de noviembre y 26 de diciembre 1848 y 28 febrero 1849 (archivos de la Legación de Francia).

(9) F. Marcelin: Ducas Hyppolite p. 9.

fuera de época. Ni cifras, ni intereses materiales o morales podían convencer la República nacida de la revolución de 1848. Ella veía por una parte la carnicería del 16 de abril, que amenazaba en su existencia una población de origen español y por otra parte sus principios nuevos de libertad y de emancipación, que reclamaban la liberación de los pueblos sometidos o susceptibles de serlo! Ella no vaciló en darle su ratificación y Haití perdió la partida diplomática.

Nuestras representaciones, nuestras protestas, nuestras amenazas habían sido vanas. El Gabinete de Puerto Príncipe quedaba obligado, bien a renunciar a su directiva constante de unificación territorial de la Isla, ya a librar la cuestión del Este al arbitraje de la fuerza. El tomó este último partido. Es verdad que durante el curso mismo de las conversaciones para detener la sanción del tratado del 22 de Octubre se preparaba activamente la campaña militar. La prueba es que nuestro último esfuerzo en París era del 23 de febrero de 1849 y que desde el 6 de marzo del mismo año, una docena de días después, a la cabeza de 18.000 hombres, Soullouque se dirigía por Mirebalais hacia las fronteras, en tanto que otro ejército, salido del Norte bajo el mando del General Bobó, penetraba por Hincha en el territorio insurrecto.

Una marcha rápida, victoriosa en la planicie de Cajul, en San Juan, en la Tabla,, llevaron nuestras tropas cerca de Azua que domina a Santo Domingo. Solo había que dar un salto. Batalla encarnizada como ninguna; pero que terminó desastrosamente para el ejército dominicano, literalmente pulverizado.

La ruta de la Capital estaba libre. El terror se amparó de nuestros vecinos, que habían perdido toda confianza en el talento militar de sus jefes. La partida estaba perdida. Despacharon a Sir Robert H. Schomburgk, cónsul de Inglaterra en Santo Domingo, como parlamentario cerca de Soullouque.

Más un milagro sobrevino. Santana y Jimenes, con la energía de la desesperación, al enterarse de la catástrofe de Azua, habían organizado tropas frescas del Seybo y las habían amontonado sobre las orillas del Ocoa. Detuvieron la misión de Sir Robert, quien se encaminaba hacia las líneas haitianas; y le pidieron esperar a que ellos hubieran intentado el supremo esfuerzo militar.

El encuentro de Ocoa tuvo lugar. El fué nuestro Waterloo. Las tropas enemigas no llegaban a un cuarto de las nuestras. Nuestras fuerzas habían ya echado las dominicanas del otro lado del río, cuyo lecho estaba seco, y nuestros tiradores escalaban, con el mas bello empuje la orilla opuesta, cuando la señal de la retirada resonó lugubrementemente en las filas haitianas. En la confusión que se





podujo, los Dominicanos hicieron una hecatombe de nuestras tropas en el lecho mismo del río.

Soulouque tomó de nuevo el camino de Puerto Príncipe, levantando a su paso todas las guarniciones colocadas en Azua y en San Juan. En Las Matas, habiendo repuesto un poco los espíritus, atribuyó, en una pomposa proclama la derrota de Ocoa a las conspiraciones que se formaban en sus Estados durante su ausencia! La campaña había durado exactamente dos meses.

Apesar del fracaso de la expedición haitiana, los Dominicanos entablaron seguidas conversaciones con el Conde De Alcoy, capitán general de Cuba, para obtener una protección eficaz de España, pero la carta de este alto funcionario, a la Corte de Madrid, del 25 de julio de 1849, no alentaba la idea.

Ocoa es uno de los misterios de nuestra historia. Los unos pretenden que en el ejército haitiano se encontraban elementos hostiles, que creían que el triunfo definitivo del Presidente sobre los rebeldes de la parte oriental sería contrario a sus intereses; (10) otros, como Soulouque, afirman que la desbandada debe ser imputada a los conspiradores del Oeste, mientras que el ejército estaba comprometido en el Este (11). En fin, algunos han explicado la causa del pánico por las intrigas de los Cónsules extranjeros en Puerto Príncipe, y el ardor desplegado por Gustavo d' Arlaux (12) en defender particularmente de esta acusación al agente francés Max Raybaud deja un poco la impresión, en efecto de documentos y de pruebas, de algunas intrigas internacionales habilmente urdidas.

El fracaso humillante de Ocoa era grave para el prestigio de la República. Era necesario, con diversiones interiores, hacer olvidar la derrota de sus armas. Soulouque, cuya presidencia "era un contra sentido, una anomalía, una cosa híbrida y contraria a la naturaleza", (13) restauró el 26 de Agosto de 1849 la monarquía de Dessalines y de Christophe y replantó el árbol heráldico sobre una tierra que había pedido a los principios democráticos de la Revolución francesa su libertad y su independencia!

(10) Firmin: El Presidente Roosevelt y la República de Haití.

(11) Ls. Jh. Janvier: La República de Haití y sus visitantes p. 603.

(12) El Imperio de Soulouque.

(13) F. Marcelin: Ducas Hyppolite p. 9.

**Abel N. LEGER.**

Publicado en LE TEMPS. Port-au-Prince. el 15 de Julio de 1932.

#### ANOTACIONES DEL TRADUCTOR:

a) Algo que ha de llamar la atención de todo dominicano que lea este interesante artículo del Sr. Leger, es la palabra "imploraron" cuando se refiere

a las diligencias para obtener el reconocimiento de nuestra nacionalidad como Estado libre, independiente y soberano. Sería difícil establecer si el distinguido autor de este trabajo usa la palabra "imploraron" como una ironía o como un menosprecio. Por nuestra parte podemos decir que ni en la Historia general, ni menos aún en nuestros archivos diplomáticos, se advierte ningún rastro de que nuestros agentes diplomáticos, encargados de obtener ese reconocimiento por parte de la gloriosa Nación francesa, tanto durante el gobierno de Luis Felipe como durante el gobierno de la Revolución del 48, imploraran tal reconocimiento. Ellos actuaron dentro de la mayor circunspección, conforme a las reglas usuales y su labor fué coronada por el éxito más pronto de lo que era presumible, si se tiene en cuenta los extraordinarios esfuerzos desplegados por el Gobierno de Puerto Príncipe, para entorpecer las labores de nuestros delegados ante el Gobierno francés.

b) Tampoco consta en ningún documento oficial dominicano que se hiciera oferta al Gobierno francés de la "mitad de la isla" en cambio del solicitado reconocimiento. Sería interesante conocer la fuente en donde ha obtenido el Sr. Leger esta información. ¿Cuál era la mitad de la isla ofrecida?

c) Aunque el tratado de amistad, de comercio y de navegación, que consagraba al mismo tiempo el reconocimiento formal por parte de Francia de la República Dominicana y la admitía en el rango de Nación libre, independiente y soberana, del 22 de octubre de 1848, no fué ratificado, se comprende la importancia que le atribuye el autor del artículo. Para los haitianos era un hecho incommovible, desde esa fecha, que ya no podrían destruir mas nunca. El tratado de amistad, comercio y navegación, que era siempre un reconocimiento de nuestra condición de Estado soberano, que reguló definitivamente las relaciones internacionales entre la República Dominicana y Francia, fué concertado el 8 de mayo de 1852. (Véase Memoria de Relaciones Exteriores correspondiente a 1931. República Dominicana, p. 32).

d) Jamás, ningún historiador dominicano, ni en sus libros ni en sus cátedras, ha hecho mención, ni siquiera como noticia infundada, de esa misión confiada a Sir Robert H. Schomburgk, Cónsul de Inglaterra en Santo Domingo, que tendía, según se deja entrever muy vagamente en el artículo del Sr. Leger, a proponer a Soulouque la entrega de la ciudad de Santo Domingo y quizás si hasta una capitulación completa que haría desaparecer definitivamente la República Dominicana. El resultado de las gloriosas batallas del Número y de Las Carreras, que el autor Sr. Leger, titula de Ocoa y considera el Waterloo de los haitianos, más gloriosa aún si se piensa que los dominicanos eran uno contra cuatro, no dan derecho a creer un solo momento que de nuestra parte se pensara en nada que no fuera continuar la defensa del territorio nacional, contra todas las tentativas de invasión de los vecinos de Occidente, hasta "ser libres o morir", como lo dicen, tan gallardamente, las estrofas de nuestro Himno Nacional, ferviente consagración del espíritu imperante en nuestras luchas libertadoras contra el ocupante haitiano.